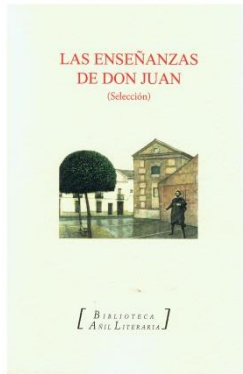


Libros y Nombres de Castilla-La Mancha

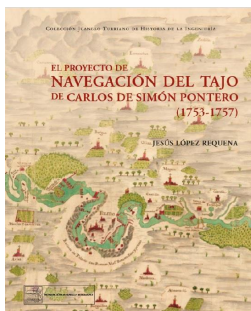
432 entrega

16 de mayo de 2020

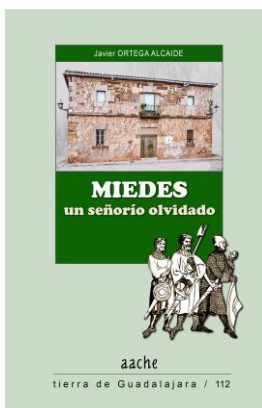


Las enseñanzas de don

Juan



La navegación del Tajo



Miedes de Atienza



duermen los héroes

Cuando



Sin saber qué te espera



Cuando sonrén

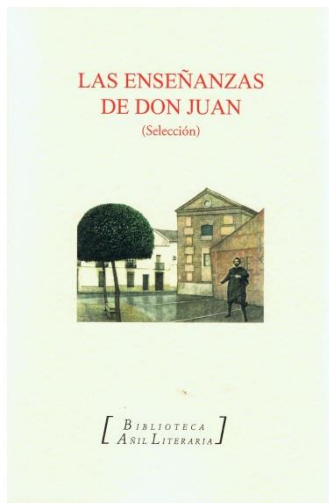


Luis Pablo

Gómez Vidales muere



Luis Alba muere



Las enseñanzas de don Juan (selección)

Anónimo; prólogo de Pedro Torres

Biblioteca Añil Literaria; Almud eds. de
CLM, 2020

Don Juan o el texto que se tiene solo

Los muertos que vos matáis / gozan de buena salud. Desconozco el padre y la intención de estos dos famosísimos versos, pero se les podrían aplicar muy justamente a los sabios henchidos de sapiencia que hace medio siglo decretaron *la muerte del autor*. El autor goza de salud envidiable: nunca ha habido más, nunca ha dispuesto de púlpitos más altos y altavoces más estridentes para pregonarse, y nunca ha tenido más fácil publicar *su libro*: en pagando...

El libro —el libro *literario*, quiero decir: el que, según creen muchos, no requiere conocimientos ni destrezas previos, solo la voluntad de ponerse a ello y el dinero imprescindible para sacarlo a la luz— a menudo ha devenido en trámite insoslayable pero nimio para justificar la autoría, lo que importa, y hasta para que un quídam se proclame *escritor* con absoluto desparpajo, el verdadero objetivo. En consecuencia, como el verdadero

objetivo es publicar y, acto continuo, proclamarse *escritor*, el libro adquiere desde antes de nacer un papel puramente instrumental, subalterno y, a la postre, irrelevante: no solo porque la inmensa mayoría lo sea efectivamente, sino porque al autor le sale —ese es el verbo— descuidado y chapucero, y *el lector* —en realidad, apenas pasará de *hojeador*— lo compra por fastidioso compromiso, sabiendo que compra mercancía averiada. Naturalmente, que alguien se tome, en tiempos donde el libro y la lectura literarios no gozan de excesivo lustre, la molestia de teclear decenas de páginas y se rasque el bolsillo para publicarlas produce alguna perplejidad: no me detendré a considerarla.

Es útil reparar, sin embargo, en la obstinada perseverancia de los lectores —¿galos sitiados en la aldea?— que se comportan respecto del autor como los aficionados a los toros respecto de las *figuras del toreo*: tal vez sientan predilección por alguna, estén pendientes de ella, y se relaman de gusto antes de verla torear en determinada plaza; ¿que la faena lo merece?: aplaudirán entusiasmados; ¿que no?: silbarán, renegarán del precio de la entrada y hasta le arrojarán almohadillas. O sea, a los lectores que no se chupan el dedo les importan exclusivamente los libros —de los buenos son incondicionales, a los malos los desprecian sin remilgos—; el autor, por su parte, en segundo plano, adquiere y conserva la reputación mientras publique libros estimables; sus circunstancias personales o peripecias biográficas a los buenos lectores les traen sin cuidado: gozan con la *Iliada* o con el *Lazarillo* aunque ignoren quién los parió; gozarían del *Quijote* aunque lo hubiera escrito el Estrangulador de Boston. Si —lo recordaba no hace mucho José Ángel Cilleruelo en una entrada de elvisirdeabisinia.blogspot.com,

espléndido *bloc de notas* que me atrevo a recomendar— «cualquier lector, en el desempeño de su función, le pide siempre al autor una “entrevista” personal» y «los escritores, que aguardan el gesto cómplice del lector, acuden al instante a la solicitud», es solo por lo que hace, obviamente — destaca Cilleruelo—, «al desempeño de su función» y a los «aspectos que faciliten su tarea». Nada más.

Es útil reparar igualmente en los autores que se toman en serio la escritura: descartan con honradez que el libro sirva para colmar la propia vanidad, exhibir habilidades o alcanzar el reconocimiento de *los cultos*; están al cao de la calle, cómo no, de que, salvo por capricho improbable de los dioses, no será forma segura de ganar el pan. El libro se constituya para ellos —pues a otros efectos resulta inhábil— en lo único importante, la tarea a la que merece la pena entregar la vida: la vida, al fin y al cabo, se supedita al libro y solo en él encuentra justificación. Por aquellos lectores y estos autores sobrevive la literatura

Aunque no estorba tampoco reparar —y dedicarles un cariñoso saludo— en la gente que escribe sin ínfulas ningunas, por el mero y limpio placer de escribir: como quien se da a la filatelia o al bricolaje. Gentes extrañas, ingenuas, a quienes la propia *obra* y el improbable lector les importan un comino, y viven tan felices sin pensar en ellos, menos aún en la fama y zarandajas adyacentes.

De ser las cosas así, y pienso que lo son, en cuanto el libro¹ sale a la plaza —*del mercado*— al autor le estará reservado un solo papel elegante: no morirse —¡por Dios!—, sí hacerse el muerto, desentenderse, dejar que el libro se las apañe solo, abstenerse de apuntalarlo con la poca o mucha

autoridad. De ahí que, cuando alguien se ha interesado —y alguien se ha interesado— por don Juan, la respuesta haya caído por su peso: don Juan es un texto que se tiene solo, sin muleta ni báculo. ¿Tuerto o derecho?: el lector lo dirá.

¿En qué consiste exactamente «tenerse solo»? Contestaré enumerando brevemente algunos rasgos principales:

El primero está dicho: un texto que se tiene solo aparece ante el lector a pecho descubierto, inerme y desnudo, sin más aval ni atractivo que los nacidos de su propia literalidad, de su enjundia en cuanto texto; pretende, además, que el lector así lo entienda: que lo lea con atención y lo juzgue con severidad *en sus propios términos*. Si el lector acepta, el territorio inicialmente acotado acaso se enriquezca y amplíe indefinidamente. Ahora bien: de entrada, no se le pueden pedir peras al olmo: no se puede esperar del texto más de lo que ofrece.

Dentro del territorio marcado, el diálogo con el lector que no se chupa el dedo ha de ceñirse a las reglas deportivas de la dialéctica: en ellas todo, afuera nada. Con quienes rompen la baraja, claro, no se puede jugar; consiguientemente, un texto que se tiene solo rechaza por tramposos los argumentos *ad hominem* y marrullas afines; de lo cual se infiere que en nada se parece al texto anónimo. Este, casi por definición, dispara *ad hominem* desde la posición segura del francotirador; el primero, en cambio, respeta a todas las personas, por viles que sean, simplemente porque son personas. Ahora, a las ideas, a las religiones, a los libros, a los poemas, a los gustos, a las opiniones, a las modas, etcétera y etcétera, las respeta solo cuando merecen respeto; de lo contrario, no hay inconveniente en verter sobre ellos las pullas que hagan falta: puesto que no existe vida cultural —vida específicamente humana— sin discusión libre, franca y civilizada, que

¹ Vengo utilizando la palabra porque, pese a todo, designa todavía la más prestigiosa forma de presentación de los escritos, pero lo dicho del libro vale para cualquier publicación.

se defiendan feroz, pero deportivamente.

Un texto que se tiene solo, inerme y desnudo, reconoce de antemano las propias flaquezas, asume la posibilidad —ay: la inevitable certeza— de caer en el error; huye, pues, de todo dogmatismo, y, tras de un diálogo cordial, educado, humilde, no le duelen prendas en mudar de opinión siempre que la halle mejor o mejor argumentada: dígala Agamenón o su porquero, la verdad es la verdad... por ahora. Asume también, sin pesar ninguno, la propia intrascendencia: en el espacio —no llegará lejos—, en el tiempo —no durará mucho— y en el propósito: echar un rato entretenido mientras se bebe y se habla con los amigos.

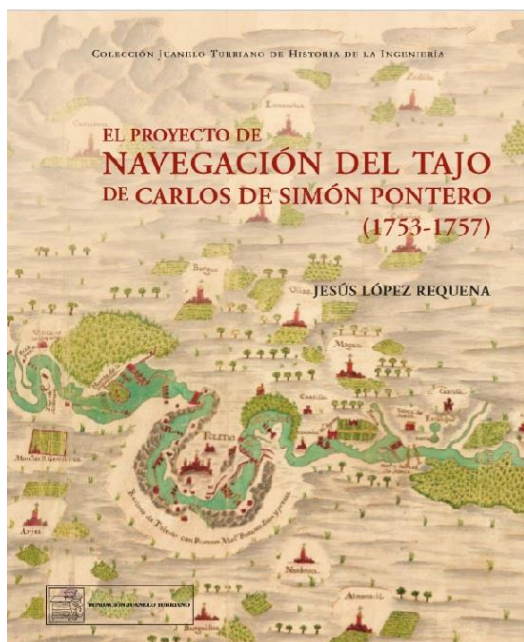
Un texto que se tiene solo abomina de la solemnidad, de la grandilocuencia, del énfasis; prefiere la sencillez, la llaneza, la ironía distanciada. Recela de los elogios —le es imposible apartar la sospecha de que carezcan de fundamento—; prefiere las críticas. De las críticas se puede uno guarecer; refutarlas, echarlas a la basura: la crítica despierta. El elogio adormece, desarma, atrapada al incauto en un charco de melaza dulce y pegajosa... y, para colmo, es préstamo gravado con intereses usurarios.

Por encima de todo, un texto que se tiene solo respeta devotamente la lengua: la lengua hablada con los amigos en las charlas de bar, pero más todavía la lengua escrita que encontrarán los lectores. Por respeto a ella —y a ellos—, un texto que se tiene solo se querría de redacción impecable, sin erratas, sin desmayos, sin muletillas, sin contaminación periodística, sin debilidades... Es consciente —le duele— de que quizá escribir no esté en su mano: que no lo haya llamado Dio por el camino del arte; como mucho —lo agradece—, por el de la modesta artesanía. Se conformará resignado: si no sabe escribir, no escribirá mal; y se

consuela: redactará correctamente. Es decir, se someterá gustoso al «principio general de lealtad a la palabra» que formuló Savater y enalteció Ferlosio: no hablar en vano. O, al menos, lo intentará: cada palabra que salga de la boca o de la pluma vendrá pensada.

Sujeto a tales principios este texto que se tiene solo ha adoptado la forma de blog durante cinco años —del 11 de diciembre de 2014 al 8 de diciembre de 2019; a él se llegaba desde <https://rojoalmagro.blogspot.com>; llevaba por nombre *Las enseñanzas de don Juan*, cuya pertinencia, muy discutible, se justificará dentro de unas cuantas páginas—. A lo largo de trescientas ocho entradas ha entablado conversación con un grupo reducido y cordial de lectores afines con quienes no es indispensable el acuerdo, sino la discrepancia inteligente: se aprecian en lo que valen —que es mucho: no hay más que ver el soneto *Infinitivos* que Francisco Caro le ha dedicado a don Juan— la delicadeza y la fortuna. Y hasta ahí debería haber llegado. Sin embargo, a González-Calero —él sabrá por qué— le ha parecido oportuno publicar en forma de libro una selección del blog. Se le agradece, por supuesto; pero enseguida brotan obvios, crudelísimos, los inconvenientes; mudar en libro lo que nació blog y nunca aspiró a más deja a la vista lacerantes defectos que la lectura sincopada —de siete en siete días— y digital encubría: ahora al lector atento no se le escaparán; ahora acaso el texto que ambicionaba sostenerse erguido bese la lona; ahora acaso el cínico de la tertulia dispare inmisericorde: «¡Quién os manda?». Nadie responderá; agacharán la cabeza; procurarán que se hable de otra cosa... y a barajar.

PEDRO TORRES; PRÓLOGO DEL LIBRO



Jesús López Requena: El proyecto de navegación del Tajo de Carlos Simón Pontero (1753-1757)

Fundación Juanelo Turriano, Madrid, 2020.

Carlos de Simón Pontero nació en Chillarón del Rey (Guadalajara) en 1715, en el seno de una familia de hidalgos alcarreños que, a partir de su generación, ocupó altos cargos en la administración borbónica. Ejerce la abogacía en Madrid desde 1736 y fue el primer agente fiscal de la Cámara de Castilla en 1741. Defendió activamente los derechos del Real Patronato y colaboró con el padre Andrés Marcos Burriel en su revisión archivística entre 1750 y 1756. Por sus servicios a las regalías de la Corona, obtuvo en 1746 el cargo de alcalde honorario de Casa y Corte, en concreto de obras y bosques.

Los problemas de abastecimiento de Madrid, especialmente de carbón y leña durante los años de 1753 y 1754, le movieron a pensar en mejorar el suministro de mercancías. Para ello, dentro del más puro espíritu ilustrado,

recurre a la navegación fluvial del Tajo –entre su nacimiento y Talavera-, Guadiela, Jarama y Manzanares. Esta es su finalidad primordial, pero no olvida llegar al Atlántico y al Mediterráneo, proponiendo unir el Guadiela con el Júcar a través del Escabas o el Mayor.

Aunque plantea ya sus ideas sobre la navegación fluvial a finales de 1753, no será hasta 1755 cuando pone en marcha su proyecto, enviando dos representaciones al monarca. Recabará el apoyo de destacados intelectuales, como el padre Burriel –conquense-, e ingenieros militares, como Cerdeño y el conde de Aranda, y costeará el reconocimiento de los ríos –realizado por dos peritos: José Briz y Pedro Simó-, multiplicando, al mismo tiempo, sus contactos con la Administración. A lo largo de 1756 y la primera mitad de 1757 intenta poner en marcha la Compañía de la Navegación del Tajo, una compañía privilegiada. Sin embargo, la escasa solidez de las inversiones prometidas y la reiterada falsedad en los datos suministrados por el promotor, harán que se multipliquen las trabas que las distintas Secretarías de Despacho pusieron a sus desorbitadas pretensiones. Finalmente, la temprana muerte de D. Carlos, acaecida en Madrid el 8 de noviembre de 1757, dio al traste con la empresa cuando ni siquiera había comenzado a caminar.

La idea de la navegación del Tajo no era nueva, siendo reiterados los intentos desde el siglo XVI y el mismo de D. Carlos tuvo gran repercusión en otros planteados hasta principios del siglo XIX. De hecho, el proyecto de este alcarreño es conocido pero nunca se había estudiado en profundidad hasta ahora.

CONTENIDO DE LA PUBLICACIÓN

En ella se compendian cinco años de investigaciones que han permitido manejar documentación inédita de la Real Biblioteca del Palacio Real y la Fundación Lázaro Galdiano, entre otros archivos, y otra conocida previamente pero no en detalle, que ha permitido ampliar los datos sobre la figura del promotor, D. Carlos de Simón Pontero, y de su proyecto de navegación. Al mismo tiempo, se han descubierto un mapa original de Briz y Simó (hasta ahora se creían todos perdidos) y una copia casi coetánea, conservados en el Centro Geográfico del Ejército.

El libro consta de trece capítulos. Enumera los diferentes proyectos de navegación del Tajo, desde el siglo XVI hasta el XX, para, a continuación, analizar la repercusión que el de Simón Pontero ha tenido en la historiografía e, incluso en la prensa, hasta nuestros días, y las fuentes básicas de que disponemos para su estudio.

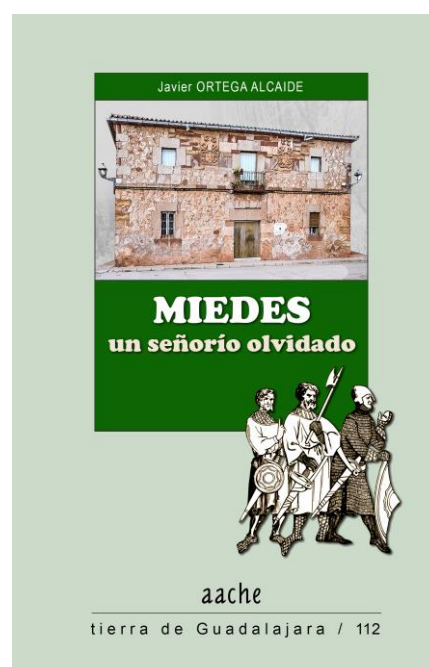
El cuarto capítulo expone la biografía del promotor y los dos siguientes estudian la génesis del proyecto y su puesta en marcha, en 1755. La extraordinaria documentación producida por los peritos Briz y Simó, un auténtico retrato del Tajo y el Guadiela, sobre todo, a mediados del siglo XVIII, es la protagonista del extenso séptimo capítulo.

Todos estos trabajos previos realizados por un infatigable Pontero desembocaron en la presentación de su proyecto efectuada el 20 de diciembre de 1755, de la que se ocupa la octava sección. Entre 1756 y 1757, como se narra detalladamente en los dos apartados siguientes, D. Carlos intenta poner en marcha la compañía entre una maraña de datos equívocos y el enmascaramiento de inversiones. Ello

provoca que, del apoyo inicial, la Administración de Fernando VI pase a una más que razonable y feroz oposición.

El capítulo 11 se ocupa del final de la empresa, con la muerte de su promotor, y de su influencia en otros proyectos. El decimosegundo se dedica en exclusiva al estudio de los dos mapas descubiertos, uno original de Briz y Simó, de 1755, y otro su primera copia, de 1769, y su relación con los publicados por Cabanes en 1829. Un último apartado de conclusiones cierra el trabajo. Este se complementa con un índice de topónimos y una abultada bibliografía. Destacable es el cuidado aparato gráfico, con más de 100 láminas de gran calidad. La edición de la Fundación Juanelo Turriano, continuando las habituales exigencias de calidad de su *colección Juanelo Turriano de Historia de la Ingeniería*, es muy cuidada estéticamente y está disponible en su página web para su consulta y descarga gratuitas.

[Web editorial](#)



Javier Ortega Alcaide

Miedes, un señorío olvidado

Aache Ediciones. Colección "Tierra de Guadalajara" nº 112. Guadalajara, 2020. 202 págs. ISBN 978-84-18131-11-0. PVP.: 15 €.

Aunque este pueblo serrano tenía ya elaborados y publicados algunos apuntes de su historia, llega ahora el arquitecto Javier Ortega aportando un gran libro sobre la historia y el patrimonio de esta localidad, Miedes de Atienza, en el confín con Soria. Se trata de un lugar fronterizo, al pie de una sierra por la que cabalgó, en su día, el Cid Campeador, en cuyo poema se menciona expresamente este lugar como de paso.

El autor analiza con meticuloso pormenor el conjunto de cavidades primitivas que existen en el término, con especial atención a la cueva que hay en la roca sobre la que se sustenta la ermita de Nuestra Señora del Puente, que viene a ser lugar de habitación y culto durante el periodo visigodo. Muchas otras cuevas, y hallazgos arqueológicos dan prueba de la importancia que este lugar tuvo en siglos primitivos. Además se extiende en el análisis de los restos romanos, visigodos y árabes, para pasar luego a la enumeración de señoríos, personajes, hazañas y edificios que restan de un pasado denso y glorioso. Será especialmente bien recibido por

los amantes de esta tierra silenciosa y expresiva, la Sierra de Guadalajara.

Web editorial



Juan Manuel Gallardo Rabadán

Cuando duermen los héroes

El maestro de Educación Primaria de Ciudad Real Juan Manuel Gallardo ha publicado la novela 'Cuando duermen los héroes', en la que homenajea a los sanitarios españoles por su lucha contra la pandemia de COVID-19.

La novela, que está escrita desde el confinamiento, se ha publicado a través de la plataforma de micromecenazgo Verkami, en la que el autor explica que su obra «es ágil en su lectura y cuenta historias (entrelazadas) de diferentes pacientes que cohabitan en un hospital cualquiera de nuestro país».

Asimismo, comenta que el título «es una gran contradicción» pues, en un momento en el que los que cuidan a los pacientes no tienen descanso, las historias que cuenta en la novela «solo serían posibles si nuestros ángeles de la guarda se tomaran unos minutos de relax».

‘Cuando duermen los héroes’ dibuja la realidad de varios pacientes contagiados por coronavirus, y las relaciones que existe entre ellos y el personal que les atiende en la sexta planta de un hospital, con la que Gallardo ha querido poner voz a muchas personas que han ido haciendo públicas sus historias, sus sensaciones, y todo lo vivido desde el momento en que fueron contagiados por el coronavirus SARS-CoV-2.

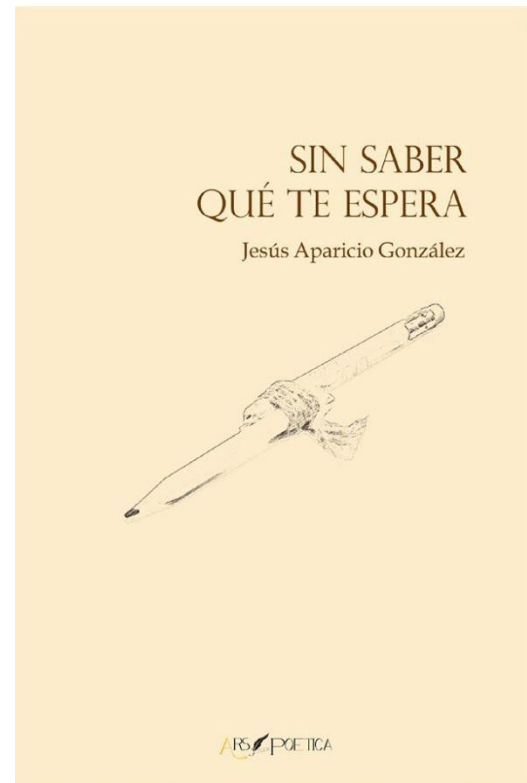
Pero también ha querido poner el foco «sobre los verdaderos héroes de esta pandemia»: el personal sanitario.

La trama de la novela narra la odisea de Fernando, un maestro de 35 años, desde que es contagiado por coronavirus tras una visita rutinaria a la residencia de su abuelo hasta que es trasladado al hospital en el que es atendido, y cuenta a los lectores la manera de trabajar «de todos los héroes que allí se dan cita».

Fernando también irá conociendo a otros pacientes cuyas vidas se habrán visto truncadas o estancadas, tras haber sido diagnosticados como positivos de COVID-19, entre ellos adolescentes con una larga trayectoria de enfermedades, ancianos cuyo único objetivo es aferrarse a la vida y multitud de personajes más, que contarán al protagonista de la novela

los motivos que tienen para seguir viviendo.

Aníbal de la Beldad/ Lanza/ 6-V-2020



Jesús Aparicio González

Sin saber qué te espera

Ars Poética. Precio: 12 €.

Jesús Aparicio no disimula sus magisterios y preferencias lectoras; antes, al contrario, procura asumirlas en su propia voz.

***Sin saber qué te espera* termina con una sección dedicada a la memoria del padre recién ido. Cuatro poemas transidos de dolor.**

Después de una antología y un libro posterior a ella, el poeta Jesús Aparicio González (Brihuega, Guadalajara, 1961) regresa a las librerías con un nuevo

volumen que da buena cuenta de su feracidad poética. Si en *Huellas de gorrión* compendia los siete libros publicados durante un lapso de quince años hasta 2017, *La sombra del zapato* aparecía un año después y *Sin saber qué te espera* lo hacía a finales del año pasado. Publicados todos ellos en *Ars Poética*, la compilación obtenía el premio Dulcinea de poesía que otorga cada año la Asociación de Escritores de Castilla-La Mancha. Al hilo de aquella recopilación, José Manuel Suárez hacía una descripción de conjunto que continúa siendo perfectamente válida como carta de presentación: «poesía honda, intensamente lírica, atendida a lo de afuera para ir muy adentro, allá donde todo se sustancia y transfigura en alma propia y propia carne».

Un tono sereno y una dicción sencilla caracterizan el quehacer lírico de Jesús Aparicio, que no disimula sus magisterios y preferencias lectoras; antes, al contrario, procura asumirlas en su propia voz, integrándose así en la tradición sin afanes rupturistas pero evitando caer en lo meramente epigonal. **Cierto tono machadiano, aprendido con provecho, es perceptible en sus nuevos poemas, así como cierta pedrería de cantares y sentenciosidad de coplas**, junto a tributos a los más altos autores de la Generación del 27. No nos referimos tanto a deudas como a confluencias. Pero no sólo la mejor tradición española transparece en estas nuevas composiciones. Los primeros versos —y no es poca la influencia del haiku en otros poemas—, por ejemplo, son un homenaje formal a la literatura japonesa.

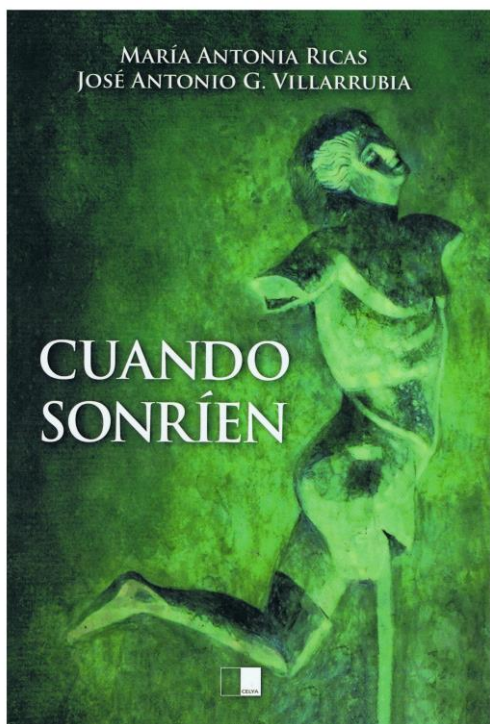
Sin saber qué te espera se inicia con una tanka, ese haiku con estrambote, titulada «En mis zapatos», que refleja la esperanzada ilusión de la Noche de Reyes para que el año que comienza sea propicio. **El libro, que puede leerse como un diario —recoge los textos escritos durante 2015—** termina con una sección dedicada a la memoria del padre recién ido: «Tras una despedida», cuatro poemas estremecedores en donde el poeta

concluye al final, transido de dolor, que «la vida es todo para nada».

Entremedias, un conjunto de poemas en los cuales apenas pasa el tiempo, pues, como ha escrito Jesús Cárdenas, en ellos «se trata de profundizar en lo más adentro hasta encontrar el verdadero sentido de las cosas, el poder atemporal de la naturaleza frente al fluir finito del ser». Que ponen el foco en los milagros sencillos alrededor de la tierra y su contemplación. Hay mucho respeto por la naturaleza en este poemario, **una atención extremada por las pequeñas cosas y el pormenor**, a partir de la consciencia de que «una mota de polvo / en su insignificante quietud / es presagio y semilla / de una constelación de voluntades». **Los ritmos del vivir, los días como palimpsesto y repetición**, el andar sin dar un paso en que la monotonía acaba convirtiendo cada uno de nuestros ritos particulares, conviven con las raíces que echa lo perdido y los retoños de ese árbol de ojos eternos que es el olmo. «Somos», afirma un verso, «porque esperamos ser». En poemas como el que reescribe el motivo machadiano del olmo seco o en «Autobiografía de una taza» comparece de una forma latente y sutil, si no una religiosidad expresa, al menos una esperanza espiritual.

En *Sin saber qué te espera* se cantan con la misma naturalidad tanto el sabor del pan que ese sueño al que nos rendimos placenteramente sin tener la seguridad de despertar mañana, porque la vida es efímera, como a los olvidos que escriben nuestra biografía porque somos lo que olvidamos tanto como lo que recordamos. **El hombre, un ser en el tiempo, entre el temor y la esperanza, la realidad y el sueño, con sus circunstancias de cada jornada**: ese es el sujeto poético que delinear estos poemas sencillos y serenos, directos en su intención de dar canto y cuento de nuestras soledades.

Antonio Manilla revista digital Epicuro 5 de mayo, 2020



María Antonia Ricas y José
Antonio G. Villarrubia

Cuando sonríen

Ed. Celya, Toledo, 2019

Es una buena manera de contemplar el arte. Confinarse. A no ser que deseemos ver las paredes que quedan en Pompeya y Herculano, por ejemplo. Esa “Villa de los Misterios” con los frescos al aire o el Museo Vesubiano al completo con sus rocas volcánicas, imágenes, historia. Y más: figuras griegas en bronce, en Sicilia, enterramientos en Egipto, copias de obras de la antigüedad, flores del mundo antiguo, el mundo griego recuperado. Bien, pues parte de todo ello han pasado por las acuarelas de un pintor toledano, José Antonio G. Villarrubia y a estas visiones, realistas y escuetas, ha puesto poesía, reflexión y vivencias una escritora y profesora, también toledana, María Antonia Ricas. Pero para comprender,

estudiar, recrearse en las acuarelas de Villarrubia y en los textos, delicados y preciosos, de María Antonia, seguramente, también sirve el confinamiento, como si estuviéramos en un museo para divisar las obras de arte o en un desván para detenernos en los poemas o prosas poéticas. Así tenemos la compañía de más de 100 páginas de palabra y de imágenes, todo ello capaz de hacernos disfrutar de una manera excelsa.

Con las dos participaciones, en edición de lujo, los creadores ofrecen un precioso libro, con tono verde esperanza que muestra en la portada un “Sátiro danzante”, en primer plano. El volumen se titula “Cuando sonríen” y, desde luego, pueden estar orgullosos de la excelente publicación que ha llevado a cabo Ed Celya.

Es cierto que la crítica literaria, los periodistas, incluso los amantes de la poesía y del arte están siempre muy ocupados y libros como este, que merecería un interesante detenimiento, suelen pasar desapercibidos. En este mundo de la cultura efímera hay pocas personas capaces de dar cuenta de las obras de los demás y, con ello, poner a disposición de los demás el trabajo, a veces esforzado, de artistas y poetas para poner en las estanterías obras tan agradables como “Cuando sonríen”.

“Como ya nada tiene relevancia,- escribe Ricas-/¿por qué no bailamos el mismo baile/que el sátiro de Mazara del Vallo/en éxtasis, brincando?”. Mazara del Vallo, camino de Marsala...La poesía interpreta la agilidad del sátiro y la dedicación del acuarelista para mostrarnos la figura ocupando el espacio de la eternidad. En “Retratos de Al-Fayum” se describen cada uno de los aspectos de los mismos, por ejemplo el de “Hombre con barba, hombre

con gesto”: “Los dos no se fatigan,/no añoran la memoria/y nunca parpadean/mirando nuestro engaño”. ¿Y qué decir de ese “Racimo”, esas uvas que parecen ser néctar para dioses, las del dulce albariño, el verdejo manchego, las macabeo del cava catalán, el chardonnay del champán galo?. Pues la creadora poética escribe “Cada una es un prodigio de jugo;/la saboreo, se rompe dócil/en mi boca y comprendo la arisca/canción de las mujeres”. El British Museum siempre atento a acumular el arte del mundo antiguo, a veces de forma gratuita, conserva una copia romana de “Hypnos”, de un original griego hallado en Italia: (“Pregúntate qué pueden soñar los muertos”). Al mostrarnos la acuarela de Villarrubia de ese “Hermes Crióforo”, el portador del carnero, cuyo copia se halla en el Museo Barracco de Roma, y que el artista ofrece con una realista ensoñación leemos Ricas describe: “Tan joven,/tan preciso en su propio juego/sobre nuestros fuegos,/oferentes...”. Luego esa “Granada”, apetitosa, casi sensual, estilizada, trae algunos recuerdos a la escritora. (“Estás tan lejos, madre...”). Para alguien, para este comentarista, es inigualable la perfección de “Escena de Venus y Marte/en la casa de los epigramas”. Esa estilización de las figuras, miradas llenas de vida, es la manera de mostrar algo casi inenarrable: “Ella levanta el brazo,/muestra alados los pechos/y se inclina al amado dando/temblor a hendiduras del ansia./El guerrero acaricia su hombro,/la mira enamorado”.

Emoción es la que nos transmiten esas “Máscaras” ´grecorromanas y de diversa procedencia”: “Un gesto mudo bajo la luz preciosa, un gesto que te mira sin verte, paralizado en la intensidad de su propia angustia”. Y de la sobriedad de la Catedral

de Siracusa, se desprende el “Duomo” y María Antonia Ricas escribe: “Contemplas la acuarela de Villarrubia:/su parte iluminada, su parte umbría” y de la “Casa de Menandro”, estructura de líneas perfectas, en la Pompeya devastada durante el ferragosto del año 79 se dice que su propietario, seguramente, “Buscó dónde sentarse, dónde comprender el tiempo que no era suyo”.

Ciertamente, el tiempo no es nuestro, lo demuestran las guerras, las violencias estatales o particulares, los virus inesperados por la población pero acerca de cuya posible realidad estaban advirtiendo los científicos hace algunos años, virus, bacterias, suciedad, globalización, smog, poluciones, basura: todo forma parte del abandono de un Planeta que no es nuestro pero que nadie sabe cuidar, los chinos menos, Trump menos, quienes consumen agua a destajo, los que no reciclan, tiran la comida, derrochan comidas, licores, tabaco, maltratan a seres humanos y a los bosques, ríos y mares.

Frente a todo ello artistas, preocupados por el devenir del arte y de la belleza, siguen pintando paredes, adornando fachadas, reproduciendo las obras de la antigüedad, acuñando el valor del arte para legarlo a los demás. Ese es uno de los primeros quehaceres de José Antonio G. Villarrubia, nacido el 3 de agosto de 1965 y que sigue trabajando, exponiendo, regalando el mundo cercano a quienes dedican una mirada a sus obras. Hace unos meses la Biblioteca Borbón-Lorenzana, sita en el Alcázar de Toledo, expuso en sus pasillos parte de su obra, entre la cual allí o en otras muestras similares, pueden verse interesantes y magníficas vistas de la ciudad imperial, la cantidad de puertas y murallas, de rocas e iglesias, de conventos

y madrugadas, de esas visiones desde el Valle, los inmensos paisajes que la creación nos ha permitido contemplar y que pocas veces sabemos conversar. Es notorio y reconocido el acierto al ofrecer esas recreaciones de Petra o del Teatro Sur, en Gerasa, ambos en Jordania. Y aquí, volvemos a “Cuando sonrén”, la majestuosidad de esa “Diana arcaizante”, a la que acompaña tres poemas excepcionales de la autora de “Invisible en la piedra”, otro poemario intenso de María Antonia. De esta “Diana” dice la poeta, poetisa o escritora “Tú dirías: parece humana, pero los dioses ni necesitan ni levantan el pie para avanzar ni un recuerdo que los confirme, que los repita”.

“Es tuya la eternidad que me queda”, escribe el poeta hondureño Dennis Ávila, ganador del Premio de Poesía “Pilar Fernández Labrador” de Salamanca con “Los excesos milenarios”. Pues esa es la eternidad que nos ofrecen las acuarelas de Villarrubia, por ejemplo la reciedumbre del “Acrolito de Deméter” o el “Retrato de Terentius Neo y su esposa”, esas miradas diáfanas y etéreas, donde parece estar cerca, lo que escribe Ricas, “Un olor a pan recién hecho,/casi un aroma que recuerda/a los niños...”. Y ahora llega “La palestra”, esa noble construcción de Ercolano, o Herculano, a la que podemos llegar en metro desde Nápoles y contemplar cómo una puede deshacerse por la erupción de un volcán, sin necesidad de seguir manteniendo guerras, como hace el bárbaro Al Asad en Siria o permitir que debido a la falta de sentido común, de patrocinio de la investigación médica o de temeridades reales como es la masiva fabricación de armas, por ejemplo, en Trubia, en Álava, afortunadamente la Fábrica de Armas de Toledo es hoy un campus universitario, el planeta tierra siga

caminando a su destrucción. “Te preguntas por el exceso del esfuerzo, los jadeos, la fatiga, la instrucción de la lucha...”, leemos en el escrito que acompaña a esta “palestra” y donde queda, como antes de otros textos, una cita, esta breve, de Cayo Plinio El Viejo (“vivir es velar”).

Luego viene “Apolo Lampadóforo”, esa acuarela que muestra al “portador de las antorchas” (Figura griega aparecida en la casa de Julio Polibio, en Popeya): “Él oscila entre lo implacable/y la benevolencia”. Y ya ruinas, más ruinas, esa esbeltez que podemos admirar en el Parthenón o más cerca, en Agrigento, a unos metros de la casa donde nació Luigi Pirandello. En este caso, la nueva obra de Villarrubia es una acuarela/dos de Selinunte, “restos de la ciudad griega del mismo nombre, en Sicilia, que conforman un parque tecnológico”. Estamos ante lo versos, o las reflexiones que han dado pie al título del libro: “Cuando sonrén en las ruinas y en el naranja de las delospermas de tu balcón, mientras contemplan la devastación de Haití, el bombardeo de Palmira y tu dolor, porque hubieses querido multiplicar el tiempo antes de despedirte de tu madre” y, tras un breve rosario de varias estrofas, termina la autora escribiendo “Si vas a Selinunte, por nombrar un lugar griego, desolado-y da lo mismo el origen que pone rostros al mármol-, con el sofoco del mediodía de verano pudiera ser que escucharas, al fin, el sutil e inquietante rumor de estas sonrisas”. Son las máscaras, las estaturas, las figuras enterradas bajo la lava, los frescos de las paredes, el recuerdo de las mujeres de Sorrento, la existencia hecha acuarelas que nos ofrece Villarrubia.

Pero queda una acuarelas, unos versos, donde el gusto, la belleza, como las y los dedicados a “Unos higos” (“Te regalo el confite/crujiente, leve...”), la “Casa de

Venus de la Concha”: “Es tan grácil como la brisa que viene del mar”, la “Caracola”: “Dentro se había despertado una Diosa” o “Unas azucenas”, poema homenaje a la novela Gradiva, de Wilhelm Jensen. Esta acuarela es un “Detalle de un friso pompeyano mirado por N. Hanold en el Museo de Nápoles” y uno de los versos de María Antonia Ricas dice: “Antes de morir su vida era eterna”, la obra de Villarrubia alumbra el mundo desde un fondo de brillantes verdes. “Ver Nápoles y morir”, decían los emigrantes.

Un paseo por la Campan(i)a y sus bellezas, la isla de Sicilia, deteriorada por las construcciones ilegales y el poco raciocinio de municipales y mafias, aunque existan ciudades hermosas como Catania, Ortigia, los fabulosos teatros de Taormina, Siracusa y Palermo, las puertas que se abren al mar, las Catedrales de Monreale y Cefalú. Todo ello forma parte y es representado en este libro, de una u otra manera, por las acuarelas, trabajadas y preciosistas de Villarrubia y los textos de María Antonia Ricas... Ambos convierten este libro en un testigo del valor de la antigüedad, de la capacidad de los artistas por re-crear las obras del paso y la posibilidad ofrecer una poesía digna, etérea, conciliadora, para mostrar la necesidad de tener cerca la belleza en sus varias facetas.

Manuel Quiroga Clérigo



Foto Yolanda Lancha

Fallece Luis Pablo Gómez Vidales

Pintor, escultor, poeta y gestor cultural en el Ayuntamiento de Toledo, este polifacético artista fue también miembro fundador del Grupo Tomo y del Círculo del Arte, colectivo cultural del que fue presidente.

Luto en la cultura en Toledo por el fallecimiento de Luis Pablo Gómez Vidales a los 71 años. Pintor, escultor, poeta y gestor cultural en el Ayuntamiento de Toledo, este polifacético artista fue también miembro fundador del Grupo Tomo y del Círculo del Arte, colectivo cultural del que fue presidente.

Tras conocer su fallecimiento, la alcaldesa, Milagros Tolón, ha trasladado su pésame y el de toda la sociedad toledana a la familia y allegados y anunció un homenaje con la instalación en La Cornisa de la última obra que donó a la ciudad para la Muestra de Escultura al Aire Libre de este barrio del Casco histórico, un proyecto en el que está implicado Jule, otro de los integrantes del Grupo Tolmo. “Se nos va un gran dinamizador de la vida artística de nuestra ciudad, miembro fundador del Grupo Tolmo, un gran artista y un buen amigo. Mi reconocimiento a su labor y mi pésame a la familia y amigos” ha manifestado la alcaldesa, que destacó que el mundo de la cultura en Toledo “ha sufrido hoy una gran pérdida con la muerte de Luis Pablo Gómez Vidales”.

Luis Pablo nació en Ocaña en 1948 y en 1958 se trasladó a Toledo, donde residía hasta el momento de su muerte. Cursó estudios de Dibujo, Pintura, Escultura, Grabado, Cerámica y Alfarería en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, ampliando su formación en la Escuela Superior de San Carlos de Valencia y en la de Artes de Segovia. Con 21 años, en 1969, comenzó a ver reconocida su capacidad artística con premios en diferentes certámenes, compaginando el arte con trabajos

profesionales en la empresa “Dragados y Construcciones”. También se diplomó en Magisterio y, hace pocos años, se licenció de Antropología Social y Cultural en la Universidad de Castilla-La Mancha.

Junto a Francisco Rojas, Beato y Raimundo de Pablos, fundó en 1971 el Grupo Tolmo. Desde su mítica galería en la calle de Santa Isabel, este colectivo situó a la ciudad de Toledo en el emergente panorama artístico contemporáneo nacional, compartiendo experiencias con Canogar, Lucio Muñoz, Pablo Serrano, José Guerrero, Feito, Venancio Blanco, Semper, Zobel, Gerardo Rueda o Chillida, entre otros.

También impulsó el reconocimiento de figuras históricas como Victorio Macho, Ruiz de Luna y Alberto Sánchez y participó activamente en la instalación en Toledo de la escultura 'Lugar de encuentros V' de Eduardo Chillida, ubicada en la plaza de Alfonso VI. Esta obra pretendía ser la primera de un Museo de Escultura al Aire Libre en la ciudad de Toledo, proyecto que no llegó a desarrollarse.

En 1987, como profesor de dibujo lineal, formó parte del primer grupo de monitores que pusieron en marcha la Escuela-Taller de Restauración de Toledo. Dos años después, en 1989, fue nombrado director artístico y cultural del Ayuntamiento de Toledo, iniciando así una labor municipal que se mantuvo durante 24 años, hasta su jubilación en 2013.

Asimismo, junto a otros intelectuales y artistas toledanos, en 1995 fundó el Círculo de Arte, asociación cultural de la que era presidente. También ha estado ligado a la Peña “El Quejío” y a distintas actividades del barrio de Santa María de Benquerencia, como el proyecto formativo “Reciclarte”, desarrollado en el colegio público “Jaime de Foxá”.

Su labor como gestor municipal, con diferentes denominaciones y rangos en el tiempo, le hizo responsable e impulsor de importantes eventos que se han

consolidado con el paso de los años, especialmente el Festival de Jazz, siendo en esta labor profesional una figura clave de la programación cultural pública en la ciudad en las últimas décadas.

La faceta artística de Luis Pablo fue muy amplia, siempre moviéndose en las vanguardias y en el arte moderno y contemporáneo. Participó en innumerables exposiciones individuales y colectivas de nivel nacional e internacional, más de un centenar, y las principales instituciones de la región cuentan en sus fondos con obras de Gómez Vidales, además de estar presente en colecciones privadas de España, Japón, Alemania y Estados Unidos.

En 2018 el Museo de Santa Cruz acogió una gran retrospectiva titulada “Luis Pablo. Arte entre dos siglos 1970-2018”. Esta muestra fue una excelente oportunidad para profundizar en su evolución artística, que ha transitado por la abstracción, el neocubismo, expresionismo o la figuración, entroncando cada una de ellas, siempre, con sus preocupaciones personales y sociales del momento.

Es autor de “Movimiento de ida y vuelta”, escultura situada en la rotonda de las calles Bullaque y Alberche, en el barrio del Polígono; y del monumento a Santa Teresa de Jesús, en la plaza de las Carmelitas Descalzas del Casco Histórico, obra erigida en 1985 tras ganar un concurso público convocado por el Ayuntamiento de Toledo. En 2018 donó una de sus obras al centro de mayores “Ángel Rosa”, en Santa Bárbara.

Entre los reconocimientos y galardones que recibió a lo largo de su dilatada carrera destaca el Premio de la Real Fundación Toledo (1989), junto a sus compañeros del Grupo Tolmo, por “su esfuerzo para incorporar el arte contemporáneo al acervo cultural toledano”.

Redacción La Tribuna de Toledo - 13 de mayo de 2020



Foto Renata Takkenberg

Muere Luis Alba, el “gran guía de Toledo”

Hijo Predilecto de la ciudad, su impresionante colección de temas toledanos se guarda en el Archivo Municipal

Ha fallecido, a los 86 años, el académico Luis Alba, «el gran guía» de Toledo, como lo definió el doctor Rafael Sancho San Román cuando fue nombrado Hijo Predilecto de la ciudad en 2009. Todo un personaje de la ciudad, de la que estaba enamorado profundamente y a la que dedicó toda su vida como investigador. Era uno de los más privilegiados conocedores de Toledo. Se educó entre Madrid y Toledo, fue funcionario de carrera en el Cuerpo Especial de Informadores Intérpretes de Turismo y ocupó las jefaturas en las oficinas de Badajoz, Cádiz y Toledo, esta última ciudad a la que dedicó su vida.

Luis Alba enseñaba Toledo con la misma ilusión ante las autoridades internacionales como ante el más

humilde visitante, como decíamos en ABC en una entrevista publicada en 2008. Era toda una autoridad en temas fotografías y diversos artículos relacionados con Toledo, que ha recopilado a lo largo de los años tanto en España como en los diferentes países del mundo que ha visitado, y que ahora se encuentra en manos del Ayuntamiento, tras un acuerdo para su adquisición.

Toledo y los toledanos le deben mucho a Luis Alba. Era el decano de los guías y ha estado durante años coleccionando todo tipo de obras relacionadas con Toledo, demostrando a diario su inmenso amor a su ciudad. Y es que la Colección Luis Alba es, sin duda, una de las recopilaciones más extensas y valiosas de material documental que existen sobre una ciudad concreta en España y probablemente en Europa. Eduardo Sánchez Butragueño, en una de las entradas de su blog «Toledo Olvidado», describía la figura y el trabajo de Luis Alba. «Es el fruto de una vida dedicada a la búsqueda de todo aquello relacionado con Toledo -fotografías, objetos, documentos, carteles, recuerdos y un sinfín de curiosidades más- en una época en la que no existía internet y en la que la adquisición de todo este material requería un enorme esfuerzo para recorrer los mercadillos, anticuarios, ferias, subastas y ofertas de particulares en los que pudiera encontrarse algo de valor relacionado con la ciudad», explicaba en una de sus maravillosas entradas Eduardo Sánchez Butragueño, quien, al conocer la noticia de su muerte ha dicho: «Hoy es imposible para mí expresar con palabras el inmenso dolor que siento por la pérdida de Luis Alba, la persona que he conocido con un mayor amor por Toledo y por todo lo que esta ciudad mágica significa. Nada será igual sin ti. Nunca te olvidaré, amigo». La presidenta de la Confederación de Guías Oficiales de Turismo de España (Cefapit), la toledana Almudena Cencerrado, lamentaba también su pérdida.

Valle Sánchez/ ABC Toledo, 14 mayo 2020